

presión, por una parte, de las concepciones geográficas de la época y, de otra, del interés de Felipe II por esa misma disciplina, heredado de su padre.

Carlos I sintió curiosidad por la astronomía, la cosmografía, la geografía y el mundo natural, materias en las que se instruyó con Alonso de Santa Cruz y Pedro Apiano, interesándose igualmente por la cartografía. Esas aficiones del emperador las heredó su hijo Felipe, quien desde los 14 años recibió instrucción en las disciplinas geográficas, familiarizándose, aparte de Ptolomeo y Pomponio Mela, con el *De Revolutionibus* de Copérnico y la *Cosmografía* de Apiano.

De Apiano recibió Felipe II la distinción, de raíz ptolemaica, entre geografía y cosmografía, según la cual ésta última se identificaba con la topografía. Pero además, para Apiano, como para la mayoría de los geógrafos de la época, la descripción topográfica de las ciudades era esencial para alcanzar una descripción científica de la Tierra.

Aparte de la instrucción recibida en España, el príncipe Felipe, durante su estancia en los Países Bajos iniciada en 1549, conoció la obra cartográfica de Mercator y Van Deventer, ambos al servicio de Carlos I, así como la de Heronimus Cock, y acaso conociese también entonces los trabajos sobre ciudades de Van den Wyngaerde. En 1556, durante su segundo viaje a los Países Bajos, nombró geógrafo real a Van Deventer, a quien en 1559 encomendó un estudio geográfico de las ciudades de Flandes, que daría como resultado una serie excepcional de planos de 250 poblaciones de aquel país.

A partir de su retorno a España en 1559 el interés del rey por la geografía científica se tradujo en su apoyo a la continuación del proyecto cartográfico impulsado por su padre y encaminado a conseguir una cartografía detallada de España; proyecto que había sido puesto en manos de Pedro de Esquivel, profesor de matemáticas en la Universidad de Alcalá de Henares, y de Felipe de Guevara, y cuyos primeros mapas estuvieron terminados poco después de 1566, acabando finalmente la obra Juan de Herrera.

Fruto igualmente del interés geográfico de Felipe II fueron las *Relaciones para la descripción general de España*, proyecto que puso en marcha en 1575, al cuidado de Esquivel, Juan de Ovando, Ambrosio de Morales y Juan López de Velasco, éste último cronista real y autor de una *Descripción de las Indias*. El objeto de esas *Relaciones* era obtener información que pudiera servir para completar los mapas de Esquivel y para preparar una Descripción histórica y topográfica de España. Como es sabido, las *Relaciones* no llegaron a completarse, del mismo modo que tampoco llegarían a concluirse las *Relaciones de Indias* iniciadas en 1578. Para suplir en parte el proyecto inconcluso el rey encargó al cronista real Andrés García de Céspedes la redacción de una «General Corografía e Historia de España», terminada después de la muerte del monarca.

Otras manifestaciones del interés de Felipe II por la geografía son la colección de libros sobre la materia que reunió, su apoyo a la edición de obras

de esa naturaleza, el impulso dado a la creación de la Academia de matemática que Juan de Herrera fundó en Madrid en 1582, y la colección de instrumentos astronómicos, mapas y vistas topográficas que formó.

En relación con ese interés de Felipe II por la geografía científica se hallan las vistas de Wyngaerde, las cuales, junto con los mapas de Esquivel y las *Relaciones Topográficas*, estaban encaminadas a conseguir una adecuada descripción de España. Pero, aparte de esta razón científica, el encargo a Wyngaerde se inscribe también dentro de una corriente cultural de la época, acentuada por el descubrimiento de América, y en virtud de la cual el interés por los países remotos corría parejo con el deseo de conocer mejor los próximos; en relación con esta corriente está la relativa frecuencia de las «salas geográficas» en los grandes palacios del Quinientos.

Pero cualquiera que fuese el uso final al que los dibujos de Wyngaerde estuviesen destinados en el proyecto de Felipe II, Haverkamp-Begemann demuestra cómo, años después de la muerte del artista, ocurrida en 1571, el famoso impresor de Amberes Christoph Plantin tuvo interés en grabarlos. Antes de 1587 los dibujos estuvieron en sus manos, y de al menos 15 de ellos se hicieron dibujos para el grabador, de 590-595 mm. de anchura; no estaban pues destinados al *Civitates Orbis Terrarum*, cuyos grabados vienen a tener la mitad de la anchura indicada, sino a un atlas de ciudades diferente, que no llegó a publicarse, y cuyas descripciones correrían a cargo de Enrique Cock. En opinión de Haverkamp, hubiese sido el atlas de ciudades «más avanzado, monumental y homogéneo de su época», y «habría dejado en ridículo» la obra de Braun Hogenberg, que seguramente se benefició de las vistas de Wyngaerde, a través del conocimiento que de ellas debió tener Hoefnagel, quien viajó por España entre 1563 y 1567, años en los que Wyngaerde hacía sus dibujos.

He aquí, pues, recuperada no sólo la imagen visual de la obra de Wyngaerde, sino también su sentido, y con ello una parte importante de la historia de la geografía en España; todo ello, a través de una edición espléndida y rigurosa.— FRANCISCO QUIROS LINARES.

*Lisboa: La quiebra del espejo del «Estado Novo»**

Acaso por tratarse de una tesis doctoral, este estudio sobre la Lisboa contemporánea, que tantos paralelismos presenta con las ciudades españolas, aparece precedido de un a nuestro juicio dilatado capítulo introductorio encaminado a decantar los presupuestos epistemológicos y metodológicos de partida. Desde posturas confesadamente marxistas, asentadas en textos de F. Indovina y M. Castells entre los autores más citados, se persigue un análisis de los procesos de estructuración económico-

* MATIAS FERREIRA, Vítor: *A cidade de Lisboa: de capital do Império a centro da Metrópole*, Lisboa, Publicações Dom Quixote, 1987, 343 pp.

territorial y de diferenciación sociourbanística de la ciudad de Lisboa en el siglo actual, a partir de la premisa de que la actual metrópolis lisboeta no es sino el resultado de una evolución reciente que arranca de los años 30 y 40, los de ascensión y declive de la «Lisboa do Império».

Aunque el autor dice huir de un enfoque historicista, asido al principio bachelardiano de que lo antiguo debe ser pensado en función de lo nuevo, es lo cierto que el lector ajeno a la realidad lusa no va a quedar defraudado, porque como buen marxista Vítor Matías Ferreira concede al análisis de los procesos históricos el justo papel que les corresponde en la perspectiva epistemológica asumida. Por ello, antes de la que aparece como parte central de la obra, dedicada a la «Lisboa do Império», figura un capítulo bajo el título «Modos e caminhos da urbanização de Lisboa», en el que a grandes rasgos se dibujan los jalones principales del crecimiento urbano de la ciudad hasta la década de los 30 del siglo XX.

Tras la referencia a las sucesivas cercas de la Lisboa Histórica y a la extensión de los correspondientes recintos, se hace especial hincapié en el modelo pombalino de La Baixa, surgido tras el terremoto de 1755 como expresión del urbanismo centripeta de los nuevos intereses mercantiles, simbolizados en el trazado a orillas del Tajo de la nueva Praça do Comercio —o Terreiro do Paço—, abierta sobre el solar dejado por el antiguo palacio real. El bloqueo de este modelo un siglo más tarde explica la apertura de ejes de difusión urbana en dirección norte y sobre las márgenes del Tajo; en primer término el setecentista Passeio Público transformado a partir de los años 70 del siglo XIX en el bulevar haussmaniano de la Avenida da Liberdade; los caminos San Sebastião-Benfica, Campo Pequeno-Lumiar, Almirante Reis-Areeiro, etc. Unos ejes de difusión que permiten diferenciar al autor unas áreas de ocupación ochocentista de las «expansões novecentistas» anteriores a la proclamación del Estado Novo.

El capítulo central de la obra, «A Lisboa do Império: autoritarismo político e ordenamento urbano», se abre con un epígrafe dedicado a glosar la personalidad e ideología de la figura central del urbanismo del nuevo régimen instaurado en 1926, el ingeniero Duarte Pacheco, ministro de Obras Públicas desde 1932 y, simultáneamente, presidente de la Cámara Municipal de Lisboa desde 1938 a 1943, fecha de su muerte. La acumulación de los cargos de ministro y alcalde durante los años de mayor vigor ideológico y respaldo internacional del Estado Novo, permitirá a Duarte Pacheco el diseño de una política de infraestructuras —Plano Rodoviario, Plano Portuario— con una incidencia directa en la capital y, a escala municipal, la difusión de modelos urbanísticos del III Reich y del fascismo italiano, más al gusto estos últimos de los arquitectos portugueses de entreguerras. No sin intención señala el autor que en 1941 se inauguró en Lisboa una Exposición sobre la Moderna Arquitectura Alemana organizada por el entonces Inspector General de Arquitectura del Reich, el arquitecto Alberto Speer, «en una

acción de propaganda cómplice»; exposición que por cierto se trasladaría en mayo de 1942 a Madrid, la otra capital del fascismo ibérico¹.

Ejemplo significativo del autoritarismo político y modernidad urbanística de Duarte Pacheco fue su obra inicial: el Instituto Superior Técnico, el centro de enseñanza superior de los ingenieros civiles portugueses, que llevó aparejada la urbanización de un extenso sector al NE. de la Baixa pombalina, según los modos del urbanismo fascista.

Pero la iniciativa más importante del urbanista del Régimen, analizada en un epígrafe posterior, fue la creación de un extenso patrimonio municipal de suelo en la periferia de Lisboa, fundamento para el trazado de las grandes infraestructuras y para la plasmación de las operaciones urbanísticas diseñadas. Para ello fue necesario promulgar en 1938 una ley más autoritaria que la de Expropiación de 1912, entonces vigente, como instrumento para forzar el proceso, pues en esta etapa intervencionista del Régimen los propietarios no estaban integrados, en su mayoría, en su base social. Así, entre 1938 y 1943, se expropiaron en el concejo de Lisboa, a precio de orillo, casi 2.000 ha.; en tanto que a partir de aquella fecha el ritmo se hizo más pausado, pues entre 1944 y 1949 no fueron sino 745 ha. las que incrementaron el patrimonio municipal de suelo.

La quiebra de los fascismos europeos al finalizar la segunda guerra mundial, el repliegue del salazarismo y la necesidad de ampliar su base social, dieron al traste con esta operación, cuyo resultado más llamativo fue la formación de un patrimonio inmobiliario municipal, que de forma paradójica se convertiría en un manantial de operaciones especulativas desde finales de los 50, a la vez que en fuente de financiación municipal, muy lejos de las intenciones de su promotor.

Porque la formación de esta reserva de suelo público, y ello se analiza en el epígrafe final de este capítulo, respondía a la intención de establecer un nuevo orden urbano en la capital del Imperio, cuyas manifestaciones propagandísticas más fastuosas fueron las Comemorações Centenarias de 1940, entre ellas la Exposição Histórica do Mundo Português, actividades que exigían nuevo suelo urbano. Entre las expresiones de este «nuevo orden» que dejaron huella duradera en el plano hay que citar el proyecto de aeropuerto en el extremo norte de la aglomeración urbana, el Parque Florestal de Monsanto, el pulmón de Lisboa, algunos proyectos ejecutados del Plano de Urbanização da Costa de Sol como la carretera litoral entre Lisboa y Cascais, por Estoril, así como la urbanización, que el autor califica de «ejemplar», del Sitio de Alvalade. Otros muchos quedaron relegados al papel del Plano Director de Lisboa de 1942, tantas veces invocado más adelante pero nunca seguido.

En el análisis de la formación del área metropolitana de Lisboa entre los años 60 y 80 de este siglo, objeto de la parte cuarta y última del libro, la perspectiva adoptada es otra. Tras unas consideraciones generales sobre los criterios de definición de zonas homogéneas, y su aplicación a la región de Lisboa, se pasa a detallar una caracterización del te-

¹ LINDSCHEIDT, F.: «Epílogo a la exposición de la Nueva Arquitectura Alemana», *Revista Nacional de Arquitectura*, Octubre 1942. Cit. por UREÑA, G.: *Arqui-*

tectura y Urbanística civil y Militar en el Periodo de la Autarquía (1936-1945), Madrid, Istmo, 1979, pp. 120 y 210.

ritorio urbano metropolitano con criterios demográficos, para concluir en la definición de un nuevo espacio urbano envolvente de la ciudad de Lisboa y sus zonas periféricas. Espacio configurado como un sistema radioconcéntrico de asentamientos que se apoyan en la red viaria regional de naturaleza radial en el que, como ocurre en la ciudad, se produce una clara segregación socioespacial; de suerte que en ambas márgenes del estuario del Tajo la degradación se acentúa de O. a E. en torno a los ejes viarios.

Por otra parte, se señala que el área metropolitana de Lisboa ha experimentado una clara especialización funcional, pues en tanto que la ciudad se configura como un centro terciario, la actividad industrial tiende a localizarse en la periferia, sobre todo en la orilla sur del Tajo. Por lo que se refiere a los ritmos de crecimiento, contabilizados en términos demográficos, la región de Lisboa pasó entre 1960 y 1973 de 1,3 a 1,7 millones de habitantes; y entre la última fecha citada y 1981 el incremento fue de medio millón de habitantes, de los cuales el 40% lo nutrieron los contingentes de las ex colonias africanas entonces emancipadas.

La región de Lisboa aparece dibujada en este tramo final de la obra como una estructura metropolitana con fuertes asimetrías, con un movimiento de migraciones pendulares sobre una red desigual, subequipada en términos generales, con una acusada segregación socioespacial, todo ello como resultado de un proceso reciente que cubre la fase terminal del salazarismo y la etapa democrática, en el que se plasma el rostro cambiante del capitalismo en el país vecino.— RAMON ALVARGONZALEZ RODRIGUEZ.

Los climas de las montañas y llanuras castellano-leonesas

A través de una estructuración sencilla y coherente de la obra (*), Jesús García Fernández pretende llegar al conocimiento de la realidad climática de la región de Castilla y León, y analizar las consecuencias que ejerce sobre su complejo ecológico. Comenzando con una caracterización de su configuración espacial, ya se nos manifiesta la diversidad como una de sus notas destacables. Pese a ello, sí cabe una genérica y amplia distinción entre dos grandes conjuntos morfoestructurales: las llanuras y las montañas, siendo estas últimas las principales causantes de los contrastes climáticos regionales. Para el autor, todas las posibilidades climáticas están condicionadas por la altitud y por la configuración morfológica (elemento justificador del aislamiento de la Cuenca), y más secundariamente por la latitud, al quedar toda la región bajo el influjo de una misma dinámica atmosférica. Así, se produce un marcado contraste entre la Cuenca interior y el rolde montañoso externo que la enmarca y condiciona.

Emprende las pautas para el análisis del clima centrándose en el estudio separativo de las temperaturas (capítulos III y IV) y de las precipitaciones

(capítulos V, VI y VII). División «a priori» algo tradicional pero muy eficaz para el entendimiento de los rasgos climáticos más significativos que el autor pretende destacar. Respecto a las temperaturas, señala la rigurosidad que el frío adquiere en los inviernos de Castilla, junto a su larga duración (de 6 a 8 meses según los sectores), para lo cual recurre al análisis de los valores térmicos medios y absolutos, así como al de los tipos de tiempo responsables. Merece destacar, a propósito, el relato detallado y sugestivo que realiza sobre las «olas de frío» de 1971 y 1985. En clara antítesis, analiza la brevedad (julio y agosto) y suavidad de los veranos, indicando, en contra de la opinión general, cómo el calor en ellos no es extremo gracias a la fuerte oscilación térmica diaria, que permite un efecto tonificante, y gracias a la presencia de golpes de frío durante su transcurso. Ello no impide que el calor se deje sentir, en ocasiones, con gran fuerza («olas de calor»). Frente a la perfecta definición del período invernal y estival, resalta la práctica ausencia de las estaciones intermedias. Es así como se resuelven los rasgos térmicos en esta región, bastante uniformes en su conjunto, siempre más extremos en las montañas, pero no muy diferentes.

Más variados son, por el contrario, los índices de precipitación, que alcanzan en general más de 900 mm. en las montañas, mientras que en las llanuras, por la ausencia de desniveles y por encontrarse a sotavento, presentan unos bajos índices (menores de 600 mm.). Entre unas y otras, los días de precipitación apenas si difieren, siendo la intensidad de las mismas el elemento que las distingue. No obstante, dentro de las montañas, y siguiendo al autor, se pueden establecer diferencias entre las húmedas (Cordillera Cantábrica, Montañas Galaico-Leonesas), en las que a la gran cantidad de precipitación hay que añadir la apenas existente aridez estival; y las secas (Cordilleras Ibérica y Central) con índices no muy lejanos de los de las llanuras, y con una aridez estival sólo solapada por las tormentas veraniegas. Subraya cómo los meses con aridez se limitan a julio y agosto, salvo en el interior de la Cuenca y algunos relieves periféricos donde puede ampliarse a septiembre.

Pese a sus estrechas relaciones, la dicotomía entre la llanura y la montaña se presenta de forma diáfana. No se puede decir que haya unidad entre ambas, aunque sí una relación de causa-efecto desde un punto de vista climático. Las montañas, independientemente de su diversidad, son las responsables del clima de la Cuenca. Cabe destacar la insistencia del autor en la comparación de valores opuestos. El enfocar su análisis a través de la contraposición de variables (temperaturas-precipitaciones, invierno-verano, olas de frío-olas de calor, abundancia-escasez de precipitaciones...), parece estar motivado por una cuestión a la que Jesús García Fernández hace protagonista: la diferencia entre la llanura y la montaña. Incluso, mientras la Cuenca presenta una gran uniformidad, las montañas muestran una extraordinaria diversidad y no sólo con respecto a las llanuras, sino entre ellas mismas y dentro de cada una de ellas («los climas de montaña»).

* JESUS GARCIA FERNANDEZ: *El Clima en Castilla y León*. Ambito Ediciones, S.A., Valladolid, 1986, 370 p.